

Olivier Debroise in memoriam

GERARDO ESTRADA

La vida de un museo está hecha de muchos personajes que en distintas medidas y de distintos modos contribuyen a su quehacer. Hay sin embargo personajes clave que no aparecen en las inauguraciones ni suelen llevarse los reconocimientos a la hora de los éxitos. Personajes que calladamente contribuyen con su trabajo de investigación a definir el perfil y la vocación de esos espacios de encuentro que son los museos.

En la época reciente de las artes visuales mexicanas pocos personajes contribuyeron tanto a renovar nuestro quehacer como Olivier Debroise, cuyas aportaciones a la cultura visual mexicana han sido muy significativas, y lo serán aun más en la medida en que se vaya aquilatando el valor de su trabajo.

Tuve la oportunidad de saber de Olivier a través de una de sus obras más conocidas, y que ya desde entonces anunciaba a un intelectual acucioso, riguroso a la vez que apasionado: su apunte biográfico “Diego de Montparnasse”, que nos reveló un capítulo importante en la vida de Rivera.

Más tarde lo conocí personalmente y trabajé con él en múltiples proyectos de curaduría y de investigación que desarrolló para el INBA y otras instituciones.

Sin embargo, el capítulo más importante de mi relación laboral e intelectual con él lo constituyó la fascinante e insólita tarea de contribuir a crear un fondo nuevo para lo que será el Museo Universitario de Arte Contemporáneo.

Gracias a la generosa actitud del Rector Juan Ramón de la Fuente y del Patronato de la UNAM, fue posible continuar con una tarea que se había comenzado años antes a iniciativa de Silvia Pandolfi, en aquel entonces directora de artes visuales de la UNAM, y que consistía en tener un programa de adquisiciones permanente para la Universidad, a través de un fondo anual.

A sugerencia de Graciela de la Torre se creó un comité de adquisiciones del que se designó responsable de la curaduría a Olivier Debroise. Tarea imposible como pocas en un medio de escasez, pues lamentablemente en ese momento era la única institución pública, la UNAM, que se decidía a correr el riesgo de adquirir obra de autores contemporáneos, de 1952 a la fecha.

Olivier se dio a esta tarea con gran pasión, inteligencia, profesionalismo, discreción y, sobre todo, con un gran carácter, pues había que resistir presiones múltiples: los propios creadores, los galeristas, la crítica, la incomprensión de ciertas autoridades, etcétera.

Es en esta apuesta por el arte contemporáneo en donde tuve la oportunidad de apreciar a Olivier en todo su valor, pues en las múltiples discusiones y conversaciones que giraron alrededor de este proceso, que duró prácticamente tres años, pude apreciar que más allá de sus gustos y de sus preferencias, Olivier anteponía el interés de la institución y los lineamientos que nos habíamos propuesto seguir para integrar esta colección.

A lo largo de todo este tiempo tuve la oportunidad de conocer a Olivier en otras facetas más personales, en las que pude constatar las mismas virtudes. Su paso por las artes visuales mexicanas fue polémico y contestado por muchos y, sin embargo, estoy seguro que le vamos a extrañar porque su mirada y su pasión crítica contribuyeron a ampliar los horizontes todavía un tanto parroquiales de nuestro paisaje cultural. ~

